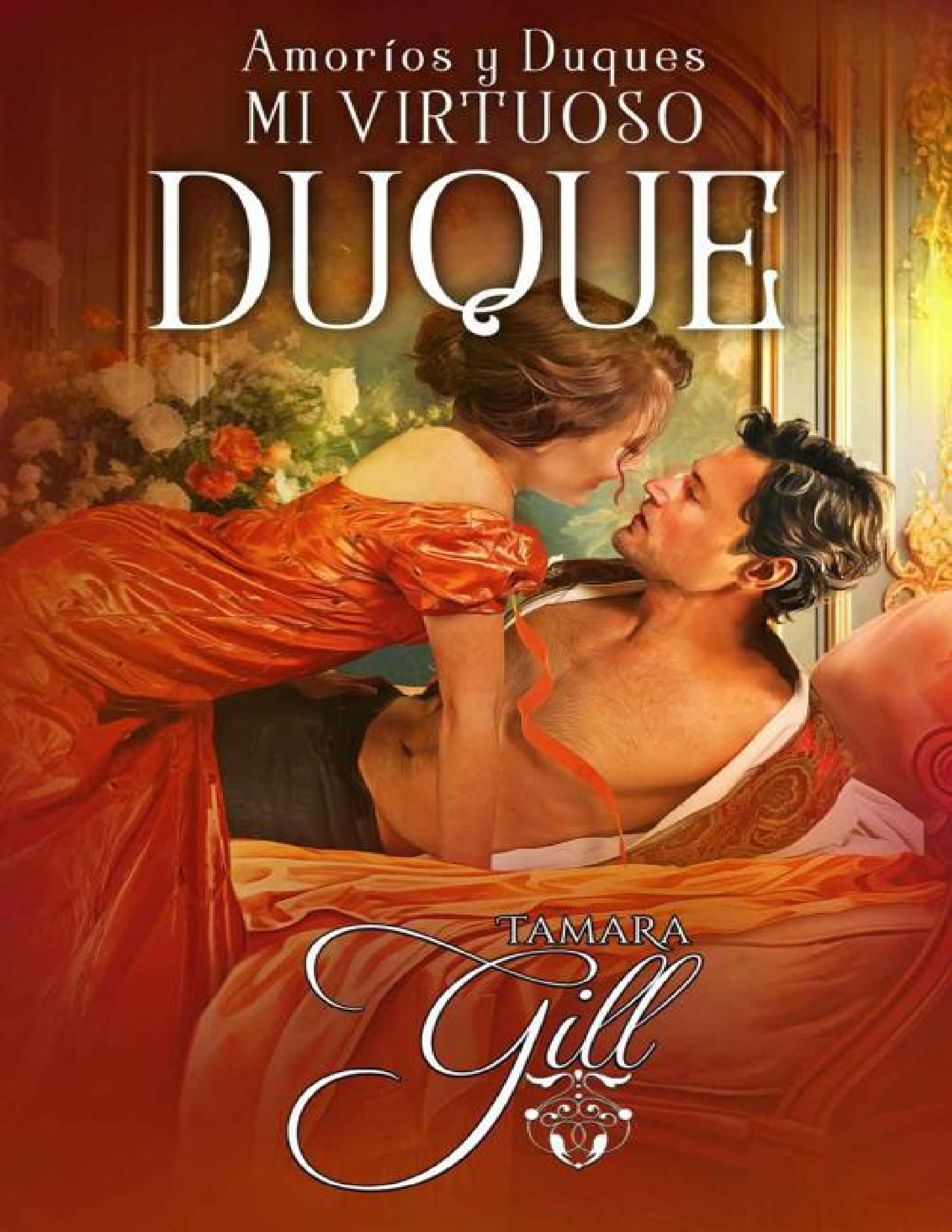
Amoríos y Duques

MI VIRTUOSO DUQUE



TAMARA Gill

Amoríos y Duques

MI VIRTUOSO DUQUE

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Epílogo

Otras Obras de Tamara Gill
Acerca de la autora

CRÉDITOS

Mi Virtuoso Duque
Amoríos y Duques, Libro 1
Copyright 2024 por Tamara Gill
Portada Wicked Smart Designs
Todos los derechos reservados

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del escritor o se han utilizado de forma ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos reales, lugares u organizaciones es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o introducida en una base de datos y sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro tipo) sin el previo permiso por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como de los editores anteriores.

SINOPSIS

El apuesto Arthur Winter, duque de Beaufort, necesita un heredero, pero el camino hacia el matrimonio es tan complicado como un vals. Por suerte para él, la ingeniosa lady Deandra Coleridge, su mejor amiga y confidente, interviene para ayudarle a conquistar el corazón de una debutante. Sin embargo, un simple beso desata deseos inesperados entre ellos. ¿Bastará cualquier debutante, o acaso la que anhela ha estado a su lado todo este tiempo? ¡Prepárate para una historia donde el amor toma la iniciativa!

CAPÍTULO
UNO

—Dee Dee, ¿estás en casa? —llamó Arthur desde el vestíbulo.

—En la biblioteca —respondió Deandra, o Dee Dee para sus amigos más cercanos, levantándose de detrás de su escritorio para recibir a uno de sus amigos más antiguos que no había visto desde la última temporada. Demasiado tiempo, ya que siempre le encantaba la compañía de Arthur.

El Duque de Beaufort entró, su sonrisa tan cálida y amplia como la de ella, y la atrajo hacia un fuerte abrazo. —Oh, cómo te he echado de menos. —No la soltó hasta haberla estrujado, como era su saludo habitual después de una ausencia tan larga.

Ella se rio y levantó la cabeza para admirar su magnificencia, de la que siempre había sido aficionada, aunque nunca en un sentido romántico. Bueno, excepto aquella vez cuando tenía dieciocho años y disfrutaba de su primera temporada en la ciudad.

—Ven y siéntate —dijo ella—. Haré que traigan té y pastel para que podamos ponernos al día. Estoy segura de que hay mucho que discutir ahora que has vuelto a la ciudad y la temporada ha comenzado. ¿Qué te ha llevado tanto tiempo en llegar? Empezaba a pensar que nunca volverías.

—Ah, bueno, en cuanto a eso, he estado en una fiesta en Surrey, la que Lord Digby organiza cada año. Conocí a una encantadora joven que está haciendo su presentación en sociedad este año. De hecho, debería estar en la ciudad ahora, y si mi suposición es correcta, debería tener una invitación esperándome en mi escritorio para su baile mañana por la noche.

—Bueno, eso suena prometedor —dijo ella, caminando hacia la chimenea y tirando del cordón de la campana—. Así que deduzco por tu conjetura que consideras a la joven como una potencial novia para ti. Empezaba a preguntarme cuándo te casarías. No te estás haciendo más joven, después de todo, Arthur.

Sonrió cuando el duque resopló e intentó parecer ofendido, aunque nunca la engañaba. Habían sido amigos durante demasiado tiempo para que aún hubiera secretos entre ellos. —No todo el mundo se casa en su primera temporada como tú, Dee Dee. Pero mi tío ha empezado a amenazarme con la castración si no aseguro la línea ducal, y pronto. Me recuerda constantemente que sus hijos están casados y tienen niños que pueden asumir el manto si yo no soy lo

suficientemente hombre para completar la tarea. Lo cual incluso a mí me disgusta fallar. Mi padre, que en paz descanse, volvería para atormentarme si no aseguro la línea.

—Eso sería una lástima, sí, especialmente cuando la línea Beaufort ha sido fuerte durante más de cuatrocientos años. —Deandra sonrió al recordar lo orgullosa que estaba su madre de su único hijo. No es que ella misma hubiera sido bendecida con hijos, sin importar cuánto lo intentaran ella y Lord Coleridge durante su corto matrimonio.

Apartó los pensamientos melancólicos, sabiendo que mientras la capacidad de Arthur para engendrar hijos no estaba obstaculizada por la edad, la suya ciertamente lo estaba. Y a los veintinueve años, la misma edad que Arthur, su tiempo para ser madre había pasado hace mucho. Y no estaba del todo segura de poder llevar un hijo, no después de todas las decepciones que había soportado, mes tras mes, fallando en lo único que podría haberle dado felicidad en el matrimonio.

—Así que —dijo Arthur, dando una palmada en sus rodillas mientras se sentaba a su lado—. Esta es una de las razones por las que estoy aquí hoy viendo a mi más antigua y mejor amiga. —La miró un momento, su mirada volviéndose seria—. Necesito tu ayuda, Dee Dee.

—¿Mi ayuda? —dijo ella, señalándose a sí misma y olvidando por un momento que eran los únicos dos en la habitación—. ¿Para qué necesitas mi asistencia? Eres un duque, y uno rico además. Yo sería de poco servicio para ti.

—Ah, pero verás, es ahí donde te equivocas. Eres copropietaria de uno de los clubes de juego y caballeros más ricos de Londres, y una viuda. Y con eso viene experiencia e información que creo que me serán útiles, especialmente porque he estado encerrado en Somerset durante los últimos dos años haciéndome cargo de la finca después de la muerte de mi padre.

Deandra frunció el ceño, insegura de hacia dónde iba esta conversación o qué quería de ella. —¿Qué me estás pidiendo? Me estás haciendo pensar todo tipo de cosas, y ninguna de ellas reconfortante.

—Bueno, pensé que sería obvio. Sabes que no soy como la mayoría de los hombres.

Eso era muy cierto. De hecho, durante varios meses hace muchos años, Deandra había pensado que Arthur prefería la compañía de su propio sexo sobre el más bello, pero su interés pronto se volvió hacia el lado femenino de la sociedad, y así olvidó tales pensamientos. Pero ahora, ¿de qué demonios estaba hablando?

—Creo que el hecho de que no seas como la mayoría de los hombres es una bendición, no un pecado, pero por favor dime qué es lo que buscas para que pueda decir sí o no a tu petición. Estás siendo bastante evasivo.

—Si estoy siendo reticente, es solo porque estoy nervioso por pedírtelo. Algunas cosas respecto a los hombres deben mantenerse como un enigma, y me preocupa que me juzgues.

Tal vez sus pensamientos pasados sobre su preferencia sexual eran correctos después de todo, y él iba a pedirle ayuda para superar eso y casarse con esta debutante que había conocido. —Arthur, dilo ahora o vete. Mi paciencia se está agotando —dijo, lanzándole una mirada punzante.

—Muy bien, preguntaré lo que necesito y declararé algo que sé que te resultará difícil de creer, pero por favor no te rías de mí, porque todo lo que estoy a punto de decir es verdad.

Ella compuso su expresión y asintió. —Prometo no reírme ni juzgar.

Arthur tomó un respiro fortificante y la miró a los ojos. —Aunque disfruto de la compañía femenina y casi he besado a una dama o dos, no debutantes, entiéndeme, no quiero encontrarme atado a alguien que no es a quien quiero. Nunca he estado realmente con una mujer. No tengo las habilidades para seducir a quien me gustaría como esposa, y es ahí donde entras tú. Mi mejor amiga y aliada más cercana que nunca me haría daño ni me traicionaría, ¿verdad, Dee Dee?

Ella lo miró boquiabierta, insegura de haber escuchado correctamente sus palabras. —¿Me estás pidiendo que te instruya en el arte de la seducción y el sexo?

Sus mejillas se tornaron de un rosa brillante, y Deandra tuvo la respuesta a su pregunta.

—Temo decepcionar a quien me case, y dado que ya has estado casada y eres propietaria de un antro de juego donde ocurren todo tipo de encuentros, conoces las intimidades de la alcoba. —Hizo una pausa—. Y, bueno, ya nos queremos como amigos. Pensé, ¿quién mejor para preguntar que tú?

Deandra lo miró fijamente durante varios segundos, sin sentir el impulso de reír incluso después de su absurda pregunta.

—Arthur, eres un natural en todo lo que haces en la vida. Estoy segura de que será lo mismo cuando se trate de ir más allá con tu prometida, sea quien sea. No necesitas que yo te instruya en tales cosas, y cuando mencionas instrucción, ¿te refieres a que durmamos juntos? ¿A que tengamos relaciones?

Sus ojos se abrieron de par en par y se reclinó en la silla, atónito.

—¡Cielos, no! Jamás te pediría algo así. Simplemente necesito que me expliques las cosas y me muestres cómo funcionan sin tener que hacer nada juntos en realidad. Por mucho que deseara haber dormido con mujeres, y con muchas de ellas, hasta el día de hoy, no lo he hecho. Nunca me pareció honorable, si entiendes. Llevar a cabo tal acto parecía mancillado y un desperdicio cuando no era con la mujer adecuada.

Un pedacito de su corazón se derritió ante su explicación. Extendió la mano y le apretó la suya.

—Creo que el hecho de que no te hayas eyaculado por todo Londres es encomiable, Arthur.

—Por Dios santo, Dee Dee. Esa es una imagen que no deseo imaginar.

Ella se rio, pensando que la imagen era bastante hilarante.

—Tantos hombres, incluido mi marido, pensaban que era divertidísimo rociar por todo Londres, e incluso con algunas de mis amigas, aunque creen que no conozco su traición. El hecho de que tú no lo hayas hecho solo te hace más adorable a mis ojos de lo que eras antes, así que sí, te ayudaré. Al ser dueña del garito de juego, una ve muchas cosas que otros no ven, y como viuda, creo que puedo ayudarte a convertirte en un maestro de tu arte, para que quien sea que te cases quede muy complacida.

—Eres un encanto y te lo agradezco. Ahora, ¿qué me enseñarás primero? Debo saber tanto como pueda y lo antes posible. El baile de presentación de Lady Mabel es mañana por la noche. Si voy a ser un candidato principal para su mano, debo ser suave y seductor, sin ser inquietante.

—Creo que primero debo observarte en el baile, ver cómo te desenvuelves sin mi influencia para saber dónde pueden fallar tus habilidades y dónde puedo ayudarte más. Así que mañana por la noche, asistiremos al baile de los Ryder, y yo observaré. Pero en verdad, Arthur, no creo que necesites mi ayuda. Deberías darte más crédito por ser un caballero y llegar al matrimonio sin haberte apareado con media Londres. Una nunca quiere casarse con un hombre y temer contraer sífilis o alguna dolencia similar. Un temor que yo también tuve después de casarme con Lord Coleridge.

—¿De verdad? —dijo él, sorprendido.

Ella le lanzó una mirada escéptica.

—No te hagas el tonto conmigo, incluso tú sabes qué clase de hombre me tocó por marido. Ahora, vete ya. Tengo trabajo que hacer, y te veré en el baile mañana por la noche.

Él se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias, Dee Dee. Eres la mejor persona que conozco.

Ella sonrió y lo vio marcharse.

—Lo mismo digo de ti —susurró en la habitación vacía cuando oyó cerrarse la puerta principal.

CAPÍTULO
DOS

Era un completo desastre.

Deandra no estaba segura de haber visto jamás a alguien tan incómodo y torpe en torno a personas de su estatus. Arthur tartamudeaba, incluso cuando ella estaba a su lado, sonriendo y ayudándolo en las conversaciones que mantenía con varias jóvenes debutantes, pero nada podía remediar el silencio cuando se cernía sobre todos ellos o las miradas suplicantes de las jóvenes a sus madres para que las alejaran del aburrido.

Incluso si era el Duque de Beaufort.

—Entonces, ¿cómo crees que lo estoy haciendo? —le preguntó Arthur, sonriendo y claramente inconsciente de lo terrible que era y lo falto de práctica que estaba en el arte de cortejar a las mujeres.

—Creo que hay margen de mejora, pero no está tan mal —mintió ella—. Nada que no se pueda rectificar con un poco de práctica.

Él asintió, con una pequeña sonrisa en los labios que le hizo estremecer el corazón. Qué ignorante y dulce era por ello. Lo observó por un momento, debatiendo si lo que le había dicho ayer era cierto. Seguramente no era virgen. Si lo fuera, sería uno de los más mayores de Inglaterra, y posiblemente del continente también.

Dio un sorbo a su ratafia, haciendo un gesto hacia Lady Mabel, que se acercaba con aire despreocupado. La mismísima debutante en la que Arthur había puesto sus ojos. Sin embargo, al examinar más de cerca a la joven, los pelos de la nuca de Deandra se erizaron cuando se acercó a ellos e hizo una reverencia. La joven sonrió, un gesto presuntuoso y altivo, como si se creyera por encima incluso del duque que tenía delante.

No debería. Aunque Arthur fuera muy tímido, la tenía a ella como amiga, y no permitiría que lo desviaran o lo hicieran quedar en ridículo. Ni siquiera por una acaudalada debutante once años menor que él.

El pensamiento la hizo detenerse. Tal vez Lady Mabel fuera demasiado joven para Arthur. Quizás su amigo necesitaba una mujer mayor, una que pudiera igualar su inteligencia y mirar a la sociedad con los ojos abiertos a la política y la volubilidad que ella no había conocido a los dieciocho años.

—Su Gracia, Lady Coleridge —dijo Lady Mabel, haciendo una perfecta reverencia, con los ojos mirando tímidamente a Arthur antes de cerrarlos con un aleteo. Deandra controló sus facciones y sonrió, decidida a darle a la joven una oportunidad de impresionarla, ya que claramente había impresionado a Arthur en la fiesta a la que había asistido.

—Lady Mabel, qué encantador conocerla. Tengo entendido que esta es su primera temporada.

—Sí, mi señora —dijo, apenas mirándola antes de prestar toda su atención a Arthur, que estaba radiante como un hombre cegado por el sol.

—Aunque he estado en Londres en numerosas ocasiones. A mis padres no les gustaba dejarme en el campo cuando venían a la ciudad a disfrutar de la temporada, así que conozco bien la ciudad —Lady Mabel hizo una pausa, volviéndose hacia Deandra y prestándole ahora toda su atención—. ¿Están sus hijos en la ciudad, mi señora? Me imagino que tiene muchos, ya que tuvo la fortuna, tan afortunada como deseo ser yo, de casarse durante su primera temporada.

Deandra se aclaró la garganta, tomando un sorbo fortificante de su bebida antes de responder. No se atrevió a mirar a Arthur, que sentía que también esperaba una respuesta, aunque quizás no la que Lady Mabel esperaba.

—Tuve la fortuna de casarme con Lord Coleridge durante mi presentación en sociedad, pero, por desgracia, no tengo hijos.

—Oh, lo siento mucho. Usted reside en Curzon Street, ¿no es así? La casa es una de las más grandes de la calle. Qué lástima que solo usted y Lord Coleridge vivan allí.

Deandra no pudo evitar pensar que estaba siendo deliberadamente descortés. Pocos en Londres no sabían que Lord Coleridge había muerto mientras estaba con su amante. —Solo soy yo, ya que su señoría falleció hace algunos años —explicó, luchando por mantener la calma. La sonrisa burlona de Lady Mabel, apenas oculta por la inclinación de su cabeza, hizo que se le erizaran los pelos, y quizás lo que dijo a continuación estaba por debajo de ella, pero tampoco pudo evitar decir lo que dijo—. Su fichu está un poco bajo, Lady Mabel. Tal vez debería ir al tocador y arreglarlo antes de dar una impresión incorrecta a todos los jóvenes caballeros presentes esta noche.

La joven miró horrorizada su vestido y se excusó apresuradamente, huyendo del salón de baile, sin comprender que su fichu estaba perfectamente bien.

Deandra la vio partir, luchando contra el impulso de reírse. La tonta insignificante.

—Dee Dee, sabes perfectamente que su fichu estaba como debía estar. ¿Por qué la has asustado? —preguntó él, mirando a la joven con una expresión abatida que la irritó aún más de lo que ya estaba.

—Mi primera lección para ti, Arthur, es que no parezcas tan desesperado por su atención. Estás dando la impresión de ser un hombre que ya ha decidido a quién quiere como esposa.

—Pero ya he tomado una decisión. Ella es perfecta como la próxima Duquesa de Beaufort. Tiene el linaje adecuado y una buena dote, y es muy bonita, por no mencionar que es lo

suficientemente joven como para darme hijos antes de que a mi tío le dé una apoplejía.

—De nuevo, y no puedo enfatizar esto lo suficiente, suenas desesperado, y ella olerá esa angustia como un tiburón tras un banco de peces. ¿No quieres un poco de pasión en tu matrimonio? Hablando por experiencia, cuando no la hay, la falta de ella es agotadora, y acabarás deseando haberme escuchado y haber seguido mi consejo.

Arthur suspiró y se pasó una mano por la boca, con una línea de perplejidad entre las cejas. —Creo que he sentido esa pasión de la que hablas, pero hace muchos años, y perdí la esperanza en ese futuro cuando... —Hizo una pausa y se aclaró la garganta—. En cualquier caso, esa conexión no estaba destinada a ser, pero eso no significa que esté totalmente perdido sobre lo que debería sentir por una mujer. Por ejemplo, cuando estoy contigo, te encuentro atractiva y divertida. Somos amigos, y te quiero como tú me quieres a mí...

Deandra observó cómo un intenso rubor cubría las mejillas de Arthur, y sus palabras se detuvieron. ¿A dónde demonios quería llegar con sus palabras y pensamientos? Eso no lo sabía, y tampoco se lo preguntaría solo para aumentar su vergüenza. —Te enseñaré cómo cortejar a una mujer y asegurarme de que, con quien te cases, haya al menos una chispa de atracción. No te cases con una mujer simplemente porque cumpla con tus requisitos precisos. Quiero más que eso para ti.

—¿Cuándo comenzarán nuestras lecciones? La temporada ya está en marcha, y si no logro convencerte de que Lady Mabel es adecuada como mi futura esposa, tendré que buscar en otra parte, lo cual llevará tiempo.

—Puedes acompañarme a casa en tu carruaje, y allí discutiremos más a fondo mi plan para ti, pero te advierto desde ahora, Arthur, que implicará tocar y besar. Sé que esto puede incomodarte, considerando tus creencias de mantenerte casto hasta el matrimonio, y porque somos amigos.

Él frunció los labios y la estudió con una intensidad que ella nunca había visto antes. El estómago le dio un vuelco, una reacción que no había sentido en años, y por un momento, se quedó un poco desconcertada sin saber qué pensar o decir a continuación.

—Eres mi amiga, y si voy a besar a alguien sin repercusiones, debería ser a ti. Confío en ti, Dee Dee. Sé que solo tienes mis mejores intereses en mente.

Ella extendió la mano y tomó la de él, apretándola. —Siempre te pondré a ti antes que a nadie, Arthur, y no te desviaré del buen camino. Te lo prometo.

—Buenas noches, Dee Dee, Su Excelencia —dijo su hermana, solterona además, antes de hacer una reverencia.

—Dorothy, no esperaba verte aquí esta noche. ¿Has vuelto tan pronto de Bath? —preguntó Deandra, creyendo que su hermana estaría en el campo durante toda la temporada.

—He regresado. Lord Ponsonby estaba siendo un aburrido, pero ahora que sé que estás disfrutando de la temporada y con Su Excelencia, creo que me quedaré y disfrutaré mucho más de esta sociedad —dijo su hermana con una sonrisa maliciosa.

Deandra ignoró las palabras de su hermana, decidida a discutir sobre Ponsonby en otro

momento más apropiado, y se volvió hacia Arthur. —Arthur estaba a punto de acompañarme a casa, así que nuestra pequeña reunión tendrá que esperar. Espero que no te importe —dijo, sin querer entrar en lo que su hermana estaba insinuando en el baile de los Ryder.

—Oh, por supuesto. Nuestra conversación puede esperar hasta mañana.

Deandra tomó el brazo de Arthur y lo guió lejos de su hermana. —Hasta mañana entonces, Dot.

—No puedo esperar —oyó que su hermana gritaba desde atrás.

CAPÍTULO
TRES

ARTHUR ESTABA SENTADO FRENTE a Dee Dee y no podía evitar admirar su belleza. Sus largos mechones oscuros se enrollaban en lo alto de su cabeza, los diamantes Coleridge adornaban su cuello, y pequeños alfileres de perlas estratégicamente colocados en su cabello brillaban bajo las luces de las farolas de la calle.

No podía recordar un momento en el que Dee Dee no hubiera estado en su vida, ni quería imaginar un período sin ella. Esperaba que su próximo matrimonio, con suerte con Lady Mabel, no obstaculizara su amistad. Le repugnaba la idea de perderla.

—¿Crees que volverás a casarte alguna vez? —preguntó, sin saber de dónde venía la pregunta, pero ahora que la había hecho, necesitaba saber si había alguien en quien ella pensara para su futuro. Una expresión de disgusto cruzó sus facciones antes de que negara con la cabeza, haciendo que los diamantes alrededor de su cuello, que él había admirado antes, centellearan.

—No, en absoluto. No es algo que quiera, ni necesito casarme, ni por estatus ni por riqueza. Coleridge me dejó una fortuna considerable al morir, la única merced que me concedió, ya que hubo tan pocas en nuestro matrimonio. —Hizo una pausa, y él no pudo evitar preguntarse cuán malo había sido realmente el matrimonio. Sabía que el acuerdo había sido arreglado por los padres de ella y el difunto Lord Coleridge. Dos grandes familias que habían querido volverse más poderosas que cualquier otra si podían lograrlo, y lo consiguieron por un tiempo, pero a costa de sus hijos.

—Ojalá no hubieras tenido que sufrir esa prueba —dijo, alcanzando su mano y tirando de ella para que se sentara a su lado.

Ella accedió de buena gana, y él la acomodó en sus brazos. El contacto, el abrazo era tan natural y común entre ellos que cuando el aroma a rosa emanó de su cabello, encendiendo un ardiente dolor en su estómago que nunca antes había experimentado, frunció el ceño.

—¿No extrañarás las relaciones conyugales que tenías con tu esposo?

Ella se burló y lo miró. Sus grandes ojos azules, en forma de almendra y siempre directos, hicieron que el dolor en su estómago ardiera con más intensidad.

—¿Qué relaciones maritales, aparte de las necesarias para engendrar un hijo? Fuera de esas, Lord Coleridge no estaba interesado en mí como esposa, ni siquiera como ser humano. Y es por

esto que me preocupo tanto por ti, Arthur. No quiero que tengas un matrimonio sin amor y sin pasión. No hay nada peor que pasar por la vida sabiendo que has cometido un error que nadie puede deshacer.

Por supuesto, entendía de dónde venía Dee Dee, y él no quería un matrimonio como el que ella había tenido. Pero seguramente el amor llegaría, especialmente si uno estaba comprometido con la unión, como él lo estaría. Lady Mabel podría parecer un poco distante ahora, pero estaba seguro de que maduraría con el tiempo.

—¿Estás segura de las lecciones? Deseo aprender, pero no quiero hacerte sentir incómoda. Sé que sería escandaloso que interactuáramos así, aunque solo sea por el bien de las lecciones.

—Seremos cuidadosos, y nadie nos verá. Y de todos modos —dijo después de una pausa momentánea—. ¿Quién más te instruirá en el arte de seducir a tu prometida?

Él se rio, asintiendo en acuerdo. —Touché. Entonces dime, ¿para qué me vas a preparar primero? —preguntó, ansioso por comenzar. Siempre se había preguntado cómo sería besar a Dee Dee. Tenía los labios más bonitos de Londres, llenos y anchos cuando sonreía. En verdad, había poco que no le gustara de ella.

—Primero, debes aprender el arte de hacer que una mujer esté ansiosa por ser besada. Como cuando estamos solos, tal como ahora, sentados uno al lado del otro sin nadie más alrededor, debes sentarte junto a mí, mirarme con anhelo durante un período prolongado, y dejar que la dama que deseas besar lea en tus ojos que eso es lo que quieres hacer, lo que pretendes.

Arthur tomó un aliento fortificante y se preparó para hacer lo que Dee Dee le indicaba. Su estómago estaba hecho un nudo, y su corazón latía aceleradamente por lo que estaba a punto de hacer. Nunca antes había besado a una mujer, y ciertamente no a una que supiera cómo ser besada. Dudaba que el difunto Coleridge no hubiera participado en tal pasatiempo con su esposa. Incluso si no era un matrimonio por amor, no habría hombre en Londres que no codiciara a la deliciosa Lady Coleridge.

Ella tomó su mano y la llevó a su rostro. Él acunó su mejilla, las mariposas en su estómago se dispararon, y los nervios casi lo vencieron.

—Ahora, mírame como si quisieras besarme, Arthur.

No era una proposición difícil. ¿Realmente estaba a punto de besar a su amiga más cercana y querida? ¿Una mujer que una vez pensó que podría ser una esposa potencial antes de que se comprometiera con otro? Encontró sus ojos y no pudo apartar la mirada.

Su mano se deslizó para acunar su barbilla, y escuchó su sobresaltada inhalación. Una buena señal, esperaba. Su atención bajó a sus labios, carnosos y abiertos por su jadeo, y él bajó la cabeza, teniendo cuidado de ralentizar su avance. El sentido común le decía que pisara con cuidado y consideración en esta situación.

Pero a un suspiro de sus labios, el aroma del vino y su dulce perfume de lirios llenaron sus sentidos, y perdió todo el control de sus facultades. Maldita sea, era hermosa y suya para besar tanto y por tanto tiempo como ella deseara continuar las lecciones.

En el momento en que sus labios se tocaron, se dio cuenta del error que ambos habían cometido al participar en tal juego, en tales lecciones. Cualquiera que besara a Dee Dee nunca desearía besar a otra. Nunca más.

Su boca se abrió voluntariamente, dejándolo besarla profundamente. Sus lenguas se entrelazaron, y sus alientos se volvieron uno. Él sostuvo su rostro con sus manos, doblándola a su deseo, besándola con todo el anhelo que años de castidad habían acumulado dentro de él.

Ella no se apartó, ni mucho menos. Sus manos alcanzaron y se enredaron en su cabello, atrayéndolo contra ella de una manera que hizo que su miembro se irguiera y pulsara. La imagen de ellos en una habitación, sobre su cama, haciendo el amor llenó su mente, y supo que si seguían besándose, si permitía que las lecciones continuaran, ahí es donde terminarían.

Pero, ¿podría detener lo inevitable?

Diablos, no.

Era una viuda rica, protegida por un título y dinero. Él estaba soltero y no lastimaría a nadie si eran discretos.

En el momento en que la idea se materializó en su mente, la desechó. No podían hacer eso, no le pediría eso a su amiga. Era incorrecto.

Pero tampoco podía negar lo correcto que se sentía tener a Dee Dee en sus brazos.

Su cuerpo contra el suyo le dio una idea de sus senos. Eran llenos y suaves y se aplastaban contra su pecho. Sus manos se movieron para agarrar su cintura, manteniéndola contra él.

Ella no se apartó, sus pequeños maullidos de deleite lo impulsaron, lo hicieron ansioso por complacerla, darle lo que quería.

¿Era él?

De alguna manera, entre besos y abrazos con Dee Dee, ella se movió, casi montando su pierna. Él le agarró el trasero, presionándola contra su muslo, y ella gimió. El sonido casi lo deshizo, tanto como la sensación de ella frotándose contra su pierna de manera muy seductora.

—Dime que sientes placer. ¿Lo que estamos haciendo es lo que me sugerirías que hiciera con la dama de mi elección? —preguntó, desesperado por complacerla, ofreciéndole lo que ella sugeriría que mostrara a otra.

Ella se arrancó del beso, dejándolo desolado. Sus ojos se abrieron como si estuviera sorprendida por la situación y posición en la que ahora se encontraban. A él no le importaba la ubicación de sus cuerpos, pero por el rubor que le quemaba las mejillas, ella no era de la misma opinión.

Dee Dee se bajó rápidamente de su regazo y se sentó tan quieta como una estatua de mármol, con la mirada fija al frente. —Eso será todo por la lección de esta noche, Arthur —dijo, con la respiración agitada—. Lo hiciste bien en cuanto a tu primer beso.

El carruaje se detuvo frente a su casa de la ciudad, y antes de que pudiera responder, ella había huido del vehículo, sin siquiera esperar a que su lacayo abriera la puerta o bajara el escalón.

—Buenas noches —le gritó, sin obtener más respuesta que el cierre de la puerta de su casa.

Arthur se recostó en los cojines y ordenó al carruaje que lo llevara a casa, complacido con sus habilidades. Cualquiera que pudiera desconcertar a Dee Dee, como él lo había hecho esta noche, no tendría problemas para seducir a una debutante ansiosa en busca de marido.

CAPÍTULO
CUATRO

DEANDRA CERRÓ la puerta de golpe, dejando atrás la visión de Arthur, despeinado y absolutamente deseable después de su beso en el carruaje. ¿En qué estaba pensando al aceptar ayudarlo? Se suponía que él la besaría con cierto grado de ineptitud, pero en su lugar, había puesto su mundo de cabeza. La había besado con tal habilidad, con un aire tan seductor, que ella había perdido toda capacidad de pensar con claridad o de recordar que estaba besando a su mejor amigo.

Se detuvo en seco, sabiendo que prácticamente se había arrojado a sus brazos, tomando lo que él ofrecía, dando vida de nuevo a su ser romántico hambriento que anhelaba el toque y el contacto de otro hombre, cualquiera que no fuera su difunto esposo.

¿Cómo podría enfrentarlo mañana?

Deandra entró a zancadas en su biblioteca y se detuvo en seco al ver a su hermana dormida en el sofá. Un libro yacía sobre su pecho y le cubría parcialmente la boca.

—Dorothy —dijo, arrodillándose a su lado y sacudiendo su hombro—. Dorothy, despierta. Te has quedado dormida en mi sofá.

Su hermana murmuró algo sobre Lord Ponsonby antes de que sus ojos se abrieran y la comprensión inundara su rostro.

—Oh, Dee Dee, estás en casa. Te esperé durante horas —al sentarse, su libro cayó al suelo con un golpe seco.

Deandra lo recogió y lo colocó en la mesita frente a ellas.

—No creo que hayan sido horas. Acabo de dejar el baile hace media hora, y tú aún estabas allí. ¿Me seguiste para llegar aquí tan rápido y quedarte dormida? ¿Estás bien? No es propio de ti desplomarte así a menos que algo ande mal con tu salud.

—Oh, no —dijo su hermana, sonriendo—. Es que... anoche me acosté tarde y aún no me he recuperado del sueño. Pero sí, te vi salir, y como el baile era un poco aburrido, pedí mi carruaje para venir aquí a tomar una taza de té, solo para descubrir que no estabas en casa. ¿Dónde has estado? —preguntó Dorothy, sus penetrantes ojos azules no admitían mentiras, no es que Deandra pudiera pensar en alguna.

Decidió que alguien necesitaba escuchar su sórdida historia y ayudarla a salir del aprieto en

el que se había metido. Aunque normalmente no se confiaría a su hermana, conocida por entrometerse, tampoco podía mantener lo sucedido embotellado en su interior.

—¿Sabes cómo Arthur y yo hemos sido amigos desde la infancia? Es mi mejor amigo y lo quiero muchísimo.

—Por supuesto —dijo Dorothy, con una pequeña sonrisa jugando en sus labios—. ¿Acaso no sabe todo el ton que ustedes dos se adoran pero no actúan según esa devoción?

—¿Actuar según eso? —Deandra jadeó, sin haber escuchado nunca antes este rumor—. ¿Qué quieres decir con "actuar según eso"? Somos amigos de la infancia. No hay necesidad de actuar según nada.

Su hermana se burló y sacudió la cabeza.

—Todo lo que digo es que él te mira como si el sol y la luna brillaran desde tu trasero, y tú lo atesoras. Más de lo que nunca lo hiciste con tu esposo, lo cual la sociedad no ha ignorado.

—Bueno —balbuceó, tratando de encontrar las palabras—. Por supuesto que no miraba a Lord Coleridge de la misma manera que miro a Arthur. Mi matrimonio, si no lo has olvidado, fue arreglado por nuestros padres, contra mi voluntad, y la suya también. No hizo por unas nupcias felices o una vida plena.

—Tal vez deberías fijarte en el duque y tener una vida con él. Creo que podrías ser feliz con Su Gracia, Dee Dee.

—Nunca podría —dijo, aunque tenía que admitir que la idea había sido algo que ella misma había pensado en el silencio de la noche cuando estaba sola y echaba de menos a alguien con quien hablar, a quien amar con su cuerpo, con quien compartir sus esperanzas para el futuro que hacía tiempo le habían arrebatado.

—Por supuesto que podrías. Se rumorea que por fin está listo para sentar cabeza y casarse, pero como todos sabemos, es el hombre menos romántico de Londres. ¿Crees siquiera que sabe cómo hablar con una mujer? Aparte de ti, parece que le cuesta formar una frase sin meter la pata en alguna parte.

—No seas tan cruel con Arthur. Es tímido, nada más. Y créeme, es bastante capaz de seducir a una mujer.

La boca de su hermana se abrió de par en par, y rápida de ingenio, no pasó por alto el significado detrás de las palabras de Deandra.

—Oh, ho ho, hermana, ¿qué quieres decir con eso? ¿Pasó algo entre ustedes? ¿Fue esta noche cuando te fuiste con él?

Deandra se levantó y se sirvió un generoso vaso de whisky de la licorera de cristal.

—He cometido un terrible error y no sé cómo arreglarlo —admitió, bebiendo el líquido ámbar más rápido de lo que debería, haciendo que su cabeza diera más vueltas que cuando estaba con Arthur en el carruaje.

—¿Qué hiciste, Dee Dee? ¿Besaste al duque?

Asintió sin volverse hacia su hermana, incapaz de enfrentarla todavía.

—Accedí a ayudarlo a ganar la mano de Lady Mabel Ryder.

—¿Esa frígida? —escupió Dorothy—. Sería tan miserable como tú lo fuiste con Lord Coleridge si se casara con ella. Espero que no hables en serio al decir tales cosas. Sería mejor que te casaras tú con el duque y nadie más. Ninguno de los dos será feliz si no están juntos, todo el mundo lo sabe, y la mayoría no entiende cómo ustedes dos parecen ajenos a la noción de que están hechos el uno para el otro.

Deandra se volvió y miró boquiabierta a su hermana.

—Eso no puede ser cierto. Te haré saber —continuó, necesitando un momento para pensar con claridad— que los hombres y las mujeres pueden ser amigos, ¿sabes? El ton necesita entender que cuando un hombre y una mujer forman una amistad, no siempre significa que estén enamorados o sean adecuados el uno para el otro para el acto del matrimonio.

—Excepto en el caso tuyo y del duque, que sí lo son. ¿Por qué no puedes ver eso, hermana?

—Arthur es mi amigo. Nunca podría casarme con él —Deandra pensó en sus palabras y, sin embargo, después de su beso, tal vez podría y sí lo veía bajo una luz romántica. Qué extraño que nunca lo hubiera hecho antes de esta noche, pero ese beso lo había cambiado todo.

Nunca había ansiado tanto el contacto de otra persona, ni los había deseado con tanta necesidad que casi la había hecho extender la mano, tomar la de él y colocarla sobre su pecho, o en otros lugares que no podía expresar en voz alta.

Incluso ahora, ardía con el deseo de tenerlo cerca de nuevo. ¿Cómo podría actuar con indiferencia después de esta noche y lo que había ocurrido en el carruaje?

—¿Cómo fueron sus besos? No puedo evitar pensar que, a pesar de parecer un hombre sin la menor idea de cómo seducir a una mujer, lo logró de manera absoluta contigo.

Deandra se sirvió otro whisky y lo bebió tan rápido como el primero. —Su beso... oh, cielos, ¿cómo podría describirlo para hacerle justicia? —Cerró los ojos, recordando cada delicioso momento en sus brazos—. El beso comenzó como cualquier otro, lento, tentativo, persuasivo, pero algo sucedió, más rápido de lo que pensé, y en un momento yo lo estaba guiando, dándole lecciones sobre cómo besar, y luego ya no las necesitó más. Me besó con tal habilidad experta que me perdí a mí misma. Me olvidé de mí, más bien, y el beso se transformó en algo hambriento, desesperado y demasiado absorbente que no sabía dónde estaba ni con quién estaba.

—Todo lo que sabía era que deseaba a Arthur con cada fibra de mi ser. Me lancé a sus brazos, y él me aceptó con demasiado entusiasmo como para acallar mis pensamientos rebeldes. Nos perdimos en los brazos del otro, hicimos cosas... —dijo, recordando cómo prácticamente se había sentado a horcajadas sobre él, meciéndose contra su cuerpo, deseando el alivio como una mujer privada de contacto—. Cosas perversas que ninguna mujer soltera debería hacer, y no puedo retractarme. No es que quiera hacerlo, si soy honesta; de hecho, creo que quiero besarlo de nuevo. Quiero enseñarle mucho más de lo que hicimos esta noche.

—¿Pero no deseas casarte con él? —preguntó Dorothy, con una sonrisa pícara en los labios —. Oh, querida hermana, si continúas con este juego, ahí es donde terminarás. No dejes que el

duque se case con otra. Él siempre ha sido tuyo; debes ganar su amor y hacerle ver que la mujer que desea siempre ha estado frente a él, no al otro lado de la sala en la forma de la debutante Mabel.

Deandra asimiló las palabras de su hermana, sabiendo que eran ciertas pero entendiendo que también eran un sueño que nunca se haría realidad. —Incluso si quisiera llevar nuestra amistad a ser amantes, es imposible. Él desea tener hijos, Dorothy. Y eso es algo que no puedo darle.

CAPÍTULO
CINCO

INCÓMODA NO ERA una palabra que Deandra normalmente asociaría con estar cerca de Arthur, pero la noche siguiente en el baile de los Smither, era precisamente cómo se sentía. No es que estuviera transmitiendo esa emoción externamente o dejando que se apoderara de sus facciones, pero su estómago estaba hecho un nudo y su corazón se aceleraba cada vez que Arthur se inclinaba y le hablaba.

¿Acaso no estaba él tan desconcertado como ella después de su beso la noche anterior? ¿O había pensado que esto era lo que sus lecciones implicarían todo el tiempo que la estuvo besando? Que tal beso era lo que debía hacer con Lady Mabel cuando llegara el momento de persuadirla para que fuera su esposa.

Oh, Dios mío, ¿qué iba a hacer? ¿Cómo le diría que lo que había ocurrido entre ellos no había sido para nada típico? Había sido, de hecho, todo lo contrario. Había sido trascendental, transformador, esclarecedor como nada lo había sido antes en sus veintinueve años.

No es que Arthur lo supiera, por supuesto. Un hombre que aún no había dormido con una mujer ni besado a una hasta su abrazo compartido no sabría que su pasión compartida había sido extraordinaria.

—He estado pensando en lo que sugeriste la otra noche sobre no parecer tan desesperado por la atención de Lady Mabel. Pensé que esta noche podría intentar bailar con otras mujeres para ver si eso ayuda con mi cortejo.

Sus palabras sacaron a Deandra de sus reflexiones, y al sorber su bebida casi derramó algo de vino por su barbilla. —Oh, por supuesto, Excelencia. Creo que sería lo mejor —dijo, esperando que su voz no sonara tan frágil como se sentía.

Su beso no debía haberle afectado en absoluto. No si aún estaba tan interesado en casarse con Lady Mabel.

Él le dedicó una sonrisa confiada y se excusó. Deandra observó cómo no tardó en encontrar una pareja dispuesta y escoltarla a la pista de baile. Recorrió con la mirada la sala, la gente pululando por la pista, y se topó con Lady Mabel, pero ella no estaba observando al duque. En cambio, su mirada fulminante estaba centrada en Deandra, su boca carecía de su habitual sonrisa y estaba apretada en un mohín de disgusto.

¿Sospechaba la dama que había algo más entre ella y el duque? Imposible, ya que nadie sabía de su acuerdo o lo que había sucedido en el carruaje. Quizás la joven dama desaprobaba su amistad. Si el duque se casara con Lady Mabel, Deandra esperaba que no afectara su amistad, pero entonces supuso que al final lo haría. Él pondría las necesidades de su esposa primero, y si a Lady Mabel no le gustaba su estrecha relación, Deandra pronto se vería obligada a encontrar otros amigos con quienes disfrutar sus salidas nocturnas.

Pero extrañaría a Arthur. No había un día en su vida que no pudiera recordar siendo amigos. Así como sus recuerdos estaban llenos de su hermana y su crecimiento, Arthur también estaba en ellos. Siempre presente, un confidente constante y protector.

Deandra volvió su mirada hacia Arthur y lo observó bailar con Lady Miller, recientemente casada con un amigo mutuo y quizás no quien Deandra habría elegido para que bailara con él. No si pretendía poner celosa a Lady Mabel. El pobre alma ignorante realmente era despistado a veces.

—Veo que todo parece haber vuelto a la normalidad entre tú y el duque. He estado observándoos, y él parece estar de su habitual humor jovial.

—Sí —respondió Deandra a su hermana, que se había unido a ella—. No parece estar afectado en absoluto por lo que sucedió en el carruaje. Creo que es mejor que yo también lo olvide y deje de pensar más en lo que ocurrió o de interpretar la situación más de lo necesario.

—Tal vez sea una fachada por su parte. Quizás él también está ocultando sus verdaderos sentimientos. Sé que tú lo haces —soltó su hermana, alzando una ceja escéptica.

—Creo que por haber estado casada y ser mujer, veo y siento cosas que no debería. Las mujeres no son como los hombres, supongo, que pueden saciar su lujuria y no tener ningún apego emocional.

—Bueno, puede que tú no, pero otros podrían estar en desacuerdo con tu noción.

Deandra lanzó una mirada aguda a su hermana y, a punto de preguntar qué quería decir, fue interrumpida por el duque.

—Dorothy, qué bueno verte. ¿Te gustaría bailar el minué conmigo? Hace tiempo que no damos una vuelta por la pista.

Dorothy hizo una bonita reverencia, demasiado profunda para el gusto de Deandra, y aceptó con una luz traviesa en sus ojos. —Vaya, eso sería encantador, Excelencia. Lo disfrutaría inmensamente.

Deandra no pudo expresar una palabra de desaprobación. ¿Cómo podría? Dorothy era su hermana, y Arthur su amigo. No había nada malo en que bailaran. Excepto por el hecho de que a su hermana le gustaba entrometerse, y especialmente ahora, sabía que había más historia entre el duque y ella de la que jamás había habido antes.

Arthur sonrió a Dorothy y pudo ver el parecido con su hermana. Pero a diferencia de la visión de Dee Dee, Dorothy no provocaba un nudo de hambre en él simplemente al mirarla.

Por supuesto, apreciaba a Dorothy y también la conocía desde la infancia, pero siempre había

sido diferente con Dee Dee.

Más aún después de su beso la noche anterior.

Esta noche le había costado cada gramo de su capacidad mantener la calma, parecer inafectado e indiferente a lo ocurrido en el carruaje, pero incluso él sabía, por muy ingenuo e inexperto que fuera, que su beso había sido cualquier cosa menos ordinario.

Extraordinario era lo que le venía a la mente.

Tener a Dee Dee en sus brazos, suya para besar, para devorar, justo como había imaginado durante tanto tiempo, había sido un sueño hecho realidad. No es que su plan de aprender a cortejar a una mujer, ganársela para que favoreciera su pretensión, hubiera sido una forma de besar a su amiga de toda la vida. Pero ahora que lo había hecho, poco más ocupaba su mente.

La noche anterior, cuando había regresado a casa, su cuerpo había permanecido despierto durante horas, ardiendo, anhelando una liberación que no quería encontrar por sí mismo. Deseaba las manos de Dee Dee sobre él, quería que sus labios lo arrastraran a un mundo de placer, y nada más le bastaría.

—¿Se encuentra bien, Su Gracia? Parece un poco acalorado —dijo Dorothy, con una pequeña sonrisa cómplice en los labios, labios tan similares a los de Dee Dee pero quizás un poco menos llenos.

—La sala está bastante calurosa, ¿no crees? Creo que tomaré el aire después o beberé algo de vino. —Satisfecho de haber respondido a su pregunta sin revelar sus verdaderos pensamientos, la llevó a un giro y se esforzó por pensar en qué más podrían hablar.

—No me engaña, Su Gracia. Está distraído. ¿Le importaría decirme quién ocupa todos sus pensamientos?

Él balbuceó en busca de palabras, esperando que Dee Dee aún no le hubiera contado a Dorothy sobre su acuerdo. Nunca superaría la vergüenza. —Te aseguro que nada más que nuestro baile ocupa mis pensamientos y espero no pisar tus bonitos pies enfundados en zapatillas.

—Mentiroso. —Ella rió—. Pero te permitiré engañarme con tus palabras, y dejaré el tema, pero debes saber esto, Su Gracia. No cometas el error de engañarte a ti mismo respecto a lo que quieres en esta vida. No te conformes solo porque crees que debes hacerlo debido a tu posición.

Él miró a los ojos de Dorothy y asintió, esperando nunca hacerlo. Pero entonces, ¿no lo estaba haciendo al desear cortejar a Lady Mabel? Una mujer que aún no había mostrado más interés en él que en cualquier otro caballero presente. Sí, tenía una dote sustancial, era hermosa y de nobleza, pero ¿era eso lo que él quería? ¿Valía la pena tener la duquesa perfecta en el papel cuando estaría casado con ella por el resto de su vida? Sin amistad, afecto... incluso amor, ¿podría un matrimonio sostener una vida entera?

Lady Mabel no era tan auténtica ni tan hermosa, por dentro y por fuera, como Dee Dee, quien estaba de pie a un lado de la sala, observándolo bailar con su hermana.

Ella le sonrió a través del mar de cabezas, y el gesto lo golpeó en el estómago como un

puñetazo en el club de boxeo de Gentleman Jackson.

Dios santo en el cielo, ¿cómo podría hacer que Dee Dee viera que tal vez él era más que un amigo para ella? Que podrían ser mucho más felices juntos que separados.

CAPÍTULO
SEIS

ARTHUR REGRESÓ JUNTO a Dee Dee después de su baile con Dorothy. Ella estaba sola, una posición en la que se había acostumbrado a verla en los últimos años desde que se había quedado viuda. Compuso su semblante, esperando que sus pensamientos intrusos y desconcertados no se reflejaran en su expresión. No quería alarmarla, ni que pensara que había transferido sus ideas de matrimonio hacia ella en lugar de Lady Mabel después de un solo beso.

Lo cual, si fuera sincero consigo mismo, era exactamente lo que había hecho.

No era un hombre voluble, ni alguien acostumbrado a cambiar de opinión por capricho. Pero ese beso...

Por Dios santo, incluso él sabía que su enseñanza de tal gesto no era algo ordinario o común. Lo había sacudido hasta la médula, había hecho girar sus sentidos y había provocado que su miembro permaneciera erecto el resto de la velada.

La quería en su cama. A su mejor amiga en todo el mundo. Una mujer que se había casado con el hombre equivocado hace muchos años y ahora se negaba a considerar la unión de nuevo. ¿Cómo podría conseguirla como su duquesa? O mejor aún, convencerla de que sus sentimientos eran honestos y verdaderos.

—¿Disfrutaste tu baile? —preguntó ella sin mirarlo a los ojos.

Él aprovechó la oportunidad para observarla, absorber su belleza y guardarla en su memoria para siempre.

—Tu hermana siempre es divertida y perspicaz. Disfruté mucho el baile.

—Esperemos que Lady Mabel no lo haya hecho —mencionó ella, y él frunció el ceño, sin importarle si la joven debutante se molestaba porque él bailara con alguien en el baile. En verdad, Lady Mabel era vanidosa y consciente de su popularidad dentro de la alta sociedad. No era una mujer empática o amable con aquellos menos afortunados que ella.

Dee Dee tenía razón en esa opinión. El hecho de que Lady Mabel fuera perfecta en el papel no la hacía ideal para él.

—Sí, esperemos —estuvo de acuerdo para no revelar que su posición había cambiado—. ¿Qué más sugieres que me enseñes, Dee Dee? Seguramente hay más en tus lecciones que debo saber.

Sus ojos se abrieron de par en par mientras lo miraba como un zorro perseguido por un sabueso.

—Bueno, creo —respondió en un susurro— que estás bien versado en besar, no creo que haya mucho más que pueda enseñarte en ese aspecto.

El orgullo lo llenó, y no pudo borrar la sonrisa de sus labios.

—¿Me estás diciendo que soy un buen besador? —preguntó, con tono burlón.

Sus mejillas se tornaron de un tono rosado, y él se rio entre dientes.

—Lo eres, ¿no es así? Dime que el beso que compartimos anoche hizo que tu cabeza diera vueltas tanto como la mía. —No había pensado en comunicarle que su alma prácticamente había abandonado su forma humana después de su beso, pero así había sido. Ella había sacudido su mundo de su eje, y no había forma de ocultar ese hecho.

Ella se mordió el labio, y él casi gimió, deseando volver a tomar esos dulces labios y dejarla sin sentido de deseo.

—Solo fue un beso, Arthur. No le des más importancia de la necesaria.

Sus palabras amortiguaron un poco su esperanza, pero no se dejaría disuadir, no cuando ella no lo miraba a los ojos. ¿Estaba tratando de engañarlo a él y a sí misma? Podría persuadirla para que viera las cosas a su manera. Hacerle ver que como amigos, tenía perfecto sentido que formaran una excelente pareja como marido y mujer.

—Por supuesto —estuvo de acuerdo—, y por lo tanto, ¿será necesaria más tutoría, no? —Necesitaba oírla decir que podían continuar con sus lecciones. No podía pasar otro día sin besarla de nuevo. Tal como estaba, ya habían pasado demasiadas horas.

Ella tomó un respiro fortificante que, Dios ampare su alma, hizo que sus senos presionaran contra su vestido de seda de corte imperio y le diera una deliciosa vista de su escote. Senos que anoche habían estado presionando contra su pecho, provocándolo sin piedad. Dee Dee no sabía lo deseable que era o cuántos hombres se volteaban para mirarla y admirarla cada vez que pasaba junto a ellos.

Pero Arthur lo notaba, con demasiada frecuencia solo esta noche, y no le gustaba ni un ápice.

—Supongo que la próxima lección dependería de hasta dónde desees que lleguen tus lecciones. No soy una doncella y he estado casada antes, así que el acto de acostarse con un hombre no me asusta como lo haría a una debutante. Pero tú aún eres inocente, y temo que si continuamos con estas lecciones, puede que no lo seas para cuando te cases.

Él solo podía esperar que ese fuera el caso, no es que importara, porque ahora estaba decidido a casarse con ella y con nadie más.

—Entonces, ¿qué sugieres?

—Bueno, tal vez podríamos valsar esta noche, y durante el baile, te instruiré sobre cómo podrías seducir a una mujer sin necesidad de caricias intensas o besos como los de anoche.

Él pensó en su sugerencia por un momento. ¿Era posible tal cosa? Se encogió de hombros, feliz de complacer y ver a qué se refería.

—Haré lo que la maestra me diga.

Ella se burló.

—Muy bien, ahora ve y socializa con la alta sociedad, no acapares mi tiempo, tienes una dama que poner celosa y otras que te perseguirán hasta que te declares. Quedarte junto a tu mejor amiga viuda no te ganará puntos con las debutantes.

Él hizo una reverencia e hizo lo que ella le pidió, no es que le importara lo que las debutantes o Lady Mabel pensaran de su amistad con Dee Dee o cuánto tiempo pasaban juntos. Durante una hora más o menos, se unió a conversaciones en las salas, incluso se sentó en la sala de juegos y participó en una partida de whist. Pero Dee Dee nunca estuvo lejos de sus pensamientos, y a menudo estaba a la vista.

Al poco tiempo, las primeras notas de un vals flotaron por la sala, y él se dirigió hacia Dee Dee, extendiendo su mano e inclinándose ante ella. Ella tomó su mano, y una descarga de energía recorrió su brazo y todo su cuerpo.

¿Siempre sería así entre ellos, este fuego y necesidad que nunca había soñado, especialmente con su amiga más antigua y querida?

No creía que pudiera ser más afortunado o estar más desesperado por hacerla suya.

Deandra prácticamente flotó en los brazos de Arthur cuando comenzó el vals. Él era alto para ser un hombre, con hombros anchos. Un excelente espécimen de caballero que disfrutaba del aire libre y la equitación. Un hombre que, después de un beso, ella sabía que sería tan bueno en la cama como lo era en todo lo demás.

Su mano se posó en su cintura, sus dedos apretando, flexionándose contra su carne a través de la seda de su vestido, y ella luchó por no estremecerse. Pero era inútil; su mera proximidad la dejaba tambaleándose. Su mente estaba hecha un lío.

Ella levantó la mirada y se encontró con sus ojos, incapaz de apartarlos. Sus profundos ojos azules y tormentosos la observaban con una atención que nunca antes había visto. Deandra tragó saliva, nerviosa, esperando no dar un paso en falso y revelar cuán desconcertada estaba por lo que sucedía entre ellos.

Después de todo, se suponía que ella era la maestra de la seducción. La que debía enseñarle cómo conseguir una esposa. No que él la sedujera a ella, solo para dejarla luego y casarse con otra, anhelando un futuro que solo podía soñar.

—¿Qué tal así? —preguntó él, atrayéndola aún más cerca.

El dobladillo de su vestido rozaba las botas de él, sus pechos a un suspiro de su pecho. Estaban demasiado cerca según los estándares de la sociedad, cualquiera lo sabría, pero la multitud de bailarines en la pista significaba que muy pocos lo notarían... esta vez.

—Adecuado —Sus dedos se movieron más allá en su hombro, y no pudo evitar aprovechar la oportunidad para sentir los músculos tensados de su espalda mientras se flexionaban durante el baile. El calor se acumuló en su centro, y tuvo el impulso de lanzarse a sus brazos, hacer que la sostuviera como lo había hecho la noche anterior y darle lo que ella deseaba.

Liberación.

La mano de él se movió de su cintura a su espalda, su toque demasiado familiar mientras su pulgar rozaba su columna. —Nunca lo había notado antes, y en mi perjuicio, pero bailas como una reina y esta noche estás tan hermosa como siempre te he conocido.

Deandra luchó por no suspirar ante sus encantadoras palabras. El hombre era demasiado hábil para su propio bien. ¿Cómo se había vuelto tan experto en la seducción sin entrenamiento previo? No haría falta mucho para que cualquier mujer en sus brazos se derritiera a sus pies.

—Me halagas, pero no soy yo a quien debes seducir, Arthur —respondió ella, con un tono ligero y burlón, queriendo hacer una broma de sus palabras en lugar de creerlas. Permitirse ser arrastrada por ellas.

No había futuro para ella con él. Él quería cosas en la vida que ella no podía darle, aunque desesperadamente quisiera hacerlo.

—Pero para que esto funcione, debo seducirte a ti antes que a nadie —Hizo una pausa, inclinando la cabeza demasiado cerca para la propiedad—. ¿Está funcionando, mi querida Dee Dee?

Su mirada, maldita sea, se desvió hacia sus labios, y asintió sin pensar. —Ya eres un maestro.

CAPÍTULO
SIETE

ARTHUR NO CREÍA PODER CONTROLAR ni un momento más el deseo reprimido que se agitaba en su interior. Afortunadamente, el vals llegó a su fin y, sin pensar en quién pudiera estar observándolos a él y a Dee Dee, la arrastró fuera de la pista de baile y a través de una puerta cercana, lejos de la abrumadora multitud de invitados.

Cerró la puerta, y los sonidos amortiguados del baile flotaron en el espacio, pero él solo tenía un propósito, una cosa que necesitaba hacer antes de preocuparse por quién los rodeaba.

—Arthur, ¿qué estás...?

No le dio a Dee Dee la oportunidad de terminar su pregunta antes de que sus labios se estrellaran contra los de ella. Por un momento, ella se quedó inmóvil en sus brazos antes de que sus dedos se enredaran en su cabello, atrayéndolo hacia ella con una lujuria que lo excitó aún más.

La hizo retroceder hasta que su espalda golpeó la pared. Sus bocas se fundieron. El beso era intenso, húmedo y exigente, todo nuevo y maravilloso, una repetición de la noche anterior cuando había besado por primera vez a la mujer en sus brazos.

Sin tener en cuenta dónde estaban o quién podría encontrarlos, se agachó para agarrar su vestido, necesitando sentirla, queriendo tocarla de la manera más íntima en que se puede tocar a una mujer. Ella no se apartó cuando su mano recorrió su pierna cubierta por medias de seda.

Oh no, no lo hizo, pero quizás debería haberlo hecho.

—Arthur, tócame. Siénteme —le instó, agarrando su mano y levantándola más arriba en su cuerpo.

Él hizo lo que ella le pedía, necesitando aprender cada parte de ella tanto como ella parecía querer que lo hiciera. Sus dedos rozaron sus pantaletas. Acarició su monte de Venus a través de la hendidura en la tela, deslizando sus dedos entre su húmedo centro, frotando, provocando su carne.

El sonido gutural de liberación que hizo sería uno que nunca olvidaría. —Sí, Arthur, así —ronroneó en su oído, sus dedos arañando su espalda, manteniéndolo cerca.

Su miembro se endureció y dolió, la liberación era inminente, pero no podía tomarla aquí. No tan cerca de la sociedad. Tal como estaban, cualquiera podría entrar por la puerta y encontrarlos

en la posición más comprometedora de su vida.

Nunca había tocado a una mujer tan íntimamente, y que fuera su amiga, su Dee Dee, la que se retorcía, suplicaba, anhelaba y ondulaba en sus brazos ante su toque hacía que el momento fuera el más memorable y delicioso de su existencia.

—¿Es así como te haré llegar? —preguntó, deslizando sus dedos contra su húmedo centro, la lubricación haciendo que su contacto fuera fácil.

—Sí, sí, justo así. —Su respuesta sin aliento lo impulsó, y en ese momento, incluso si los atraparan, continuaría. Necesitando verla desmoronarse en sus brazos, encontrar la liberación.

Su mano bajó por su pecho y acarició sus testículos, su palma presionando contra su miembro. Él gimió, se empujó contra su agarre, y onduló como un hombre hambriento de contacto.

—Quiero que sientas lo mismo que yo —declaró ella.

Él asintió, cerrando los ojos y saboreando el momento en que sus ágiles dedos abrieron su bragueta, y su mano agarró su miembro, acariciándolo, llevándolo hacia la liberación en medio de un pasillo compartido.

—Quiero follarte —admitió, esperando que ella no se alejara de la verdad que se hacía más clara cada momento que estaban solos.

Ella se mordió el labio, sus caderas meciéndose contra su mano. Por instinto, deslizó un dedo en su cálido centro. —Otro, necesito más, Arthur —le suplicó, levantando su pierna contra su cadera para darle más acceso a ella.

Él hizo lo que ella le imploraba. Sería imposible no hacer lo que ella pedía. Haría cualquier cosa que ella deseara, tan perdido en sus brazos estaba.

Sus testículos se endurecieron mientras ella lo llevaba hacia la descarga, su mano firme pero gentil.

El picaporte de la puerta a su lado se agitó, y él se apartó de ella y se escabulló en una habitación cercana, dejando a Dee Dee sola en el pasaje.

Se quedó de pie en la oscuridad, su miembro erecto y fuera de sus pantalones. Afortunadamente, la habitación estaba oscura y vacía, aunque podía oír a Dee Dee arreglándose rápidamente la ropa antes de que una voz femenina se uniera a la suya en el pasillo.

—Oh, Lady Coleridge, pensé que la había visto escabullirse aquí. Quería asegurarme de que no estuviera perdida. El tocador está por el pasillo de la entrada, no por este —dijo una mujer, su voz inocente, pero una nota de censura recorrió su tono ligero como si sospechara que Dee Dee estaba tramando algo.

Lo cual, por supuesto, estaban haciendo. De hecho, si Dee Dee lo hubiera permitido, estaba seguro de que le habría levantado las faldas y la habría empalado en su miembro y dejado que lo cabalgara, que los cabalgara a ambos, hasta la liberación allí mismo en el pasillo.

—Lady Pitt —oyó responder a Dee Dee, su tono calmado y para nada sin aliento, como él experimentaba en este momento.

Agarró su miembro, el sonido de Dee Dee haciendo que doliera y palpitara, cerca de la liberación. Arthur se adentró más en la habitación, dejando que la oscuridad lo envolviera antes de arreglarse la ropa y forzar su pene de vuelta a donde no estaría a la vista del público.

Habían estado tan cerca de ser atrapados. Supuso que un consuelo de ser vistos juntos en tal posición significaría matrimonio, quisiera Dee Dee o no.

—Gracias, soy consciente, solo estaba tomándome un momento para mí misma. El vals fue más agotador de lo que pensé.

—Quizás su pareja de baile debería traerle una copa de vino —oyó que la voz de Lady Mabel interrumpía la conversación, y se dio cuenta de que había más de una mujer que había venido a ver qué estaban haciendo Dee Dee y él. ¿Los habían visto escabullirse al pasillo y esperaban atraparlos en una posición comprometedora?

Si solo supieran lo cerca que habían estado de hacerlo...

Saber que Lady Mabel había venido buscándolos le dejó un sabor amargo en la boca respecto a su elección previa de novia. ¿Era una señorita intrigante y problemática que no tenía nada mejor que hacer que tratar de arruinar las reputaciones de otras personas? Nadie más serviría ahora que había estado con Dee Dee. Se casaría con ella y la convencería de que no sería como su difunto esposo. Que podría hacerla feliz, darle hijos y todo lo que ella hubiera esperado en la vida.

—Creo que el duque de Beaufort se ha marchado del baile y, por lo tanto, no ha podido traerme una bebida, pero mencionaré su falta de comportamiento caballeroso la próxima vez que lo vea —respondió Dee Dee a Lady Mabel—. Le agradezco su preocupación, sin embargo, y creo que estoy lista para volver al baile.

Arthur oyó sus pies calzados con zapatillas moverse por el suelo de piedra antes de que la puerta del salón de baile se cerrara, amortiguando de nuevo el sonido del entretenimiento más allá.

Supuso que ahora que Dee Dee había declarado que él ya se había marchado, lo mejor sería hacer precisamente eso y escabullirse sin ser visto. Arthur revisó rápidamente su atuendo, se aseguró de que su corbatín estuviera en su lugar y de que sus pantalones estuvieran abotonados antes de salir a zancadas de la habitación y dirigirse a otra que le permitiera salir a los jardines. Era mejor evitar el vestíbulo de entrada, por si acaso.

Pero mañana, visitaría a Dee Dee a primera hora, hablaría con ella y le prometería todo si tan solo aceptaba ser su esposa. El fuego entre ellos era demasiado abrasador para ignorarlo y vivir sin él, y no lo haría. Había pasado suficientes años solo, y ella también.

Era hora de que fueran felices, y no podía imaginarlos más felices a menos que estuvieran juntos. La había visto casarse antes, no lo haría de nuevo.

CAPÍTULO
OCHO

SEGÚN LO PLANEADO, Arthur salió de su casa de la ciudad en Grosvenor Square y cabalgó hacia la residencia de Dee Dee, decidido a hablar sobre lo que estaba sucediendo entre ellos y asegurarse de que su futuro fuera juntos y no separados como lo había sido hasta esta temporada.

Su caballo trotó por Curzon Street y frenó su montura al ver a Dee Dee saliendo al galope de las caballerizas en la parte trasera de su casa. Frunció el ceño y gritó su nombre, pero a esa distancia y con el ruido de los carros de carbón de la mañana temprana y los barrenderos ocupados en sus tareas, ella no lo escuchó.

Sin desanimarse, la siguió y pronto se alarmó por la dirección de su viaje y la prisa que llevaba, ya que parecía estar dirigiéndose fuera de la ciudad a través de zonas por las que ninguna dama debería cabalgar sola sin una carabina o un cochero armado.

¿Qué demonios estaba haciendo?

—¿Dee Dee? —llamó de nuevo. Algo en su determinación y expresión severa le decía que dondequiera que fuera, quería marcharse sin alboroto ni aviso—. Lady Coleridge, espere.

Ella miró por encima del hombro, sus ojos se agrandaron al verlo antes de detener su montura.

—¿Su Gracia? ¿Qué... qué está haciendo? ¿Me está siguiendo? —preguntó en un tono acusatorio, uno al que no estaba acostumbrado a escuchar de ella.

Él detuvo su caballo junto al de ella, negando con la cabeza.

—Por supuesto que no. Venía a visitarte esta mañana y te vi salir de las caballerizas. Estabas sola y quería hablar contigo, así que te seguí.

Ella suspiró y espoleó su montura, sus labios apretados le indicaban que estaba lejos de estar complacida.

—No deberías haberlo hecho. No necesito que un hombre me proteja de asaltantes que no existen en Mayfair.

—Ah, pero ya no estás en Mayfair. Te das cuenta de que estás en el camino que sale de Londres, ¿verdad?

—Por supuesto que lo sé —casi escupió—. Si debes saberlo, me dirijo a Loxley Hall en Cambridgeshire.

—¿La finca campestre de Lord Coleridge? ¿A caballo? ¿Dónde está tu carruaje? ¿Por qué te vas de Londres sin decir nada, debo añadir?

Ella negó con la cabeza, mirando obstinadamente hacia adelante y no a él.

—Porque tengo que irme. Anoche —comenzó, un rubor cubriendo sus mejillas antes de mirarlo con furia—, no deberíamos haber hecho lo que hicimos. No solo porque somos amigos y accedí a ayudarte a aprender los caminos del coqueteo para otra dama, sino porque podrían habernos descubierto. Estuvimos demasiado cerca de haber sido arruinados para mi gusto.

—Pero no nos descubrieron, Dee Dee. No ha pasado nada malo, y no puedes cabalgar hasta Cambridgeshire. Está demasiado lejos, incluso para una amazona competente como tú.

—Tú cabalgas hasta Surrey y nadie dice una palabra al respecto. ¿Por qué debería ser diferente para mí? ¿Estás diciendo que no puedo hacerlo porque soy mujer?

Arthur levantó las manos en señal de rendición, sin desear morir en esa colina particular hoy, había otros asuntos más críticos e impertinentes que discutir.

—Por supuesto que no, pero no será un viaje fácil. Solo estoy preocupado por ti, eso es todo.

—No tienes por qué estarlo. Tengo la intención de pasar la noche en la posada Hogs Breath.

—Pero eso está a diez millas de Londres —Un rumor del cielo apareció en ese momento, y Arthur miró hacia las alturas y se estremeció ante la atmósfera que se oscurecía—. Va a llover, y con cierta fuerza, me temo. Deberíamos volver a Londres. Puede que nos mojemos un poco, pero deberíamos poder secarnos sin demasiados problemas si no vamos más lejos ahora.

—No haré tal cosa. Me dirijo a Loxley Hall, y es allí donde continuaré, muchas gracias, Su Gracia. Eres más que bienvenido a regresar a Londres —Tan testaruda como era, espoleó su montura hacia adelante y, tomando una profunda y calmante bocanada de paciencia que Arthur necesitaba justo en ese momento, la siguió.

No la dejaría viajar sola por el camino del norte. Si tan solo hubiera traído su navaja, su pedernal o empacado ropa para una noche o dos fuera de Londres. Estudió la determinada postura de los hombros de Dee Dee y su semblante que no admitía discusión y no pudo evitar debatir por qué huía de Londres en absoluto.

La temporada apenas había comenzado, y era demasiado pronto para dejar la ciudad. No, ella estaba huyendo, posiblemente por él y por lo que había sucedido. Cabalgaron durante varias millas antes de que él no pudiera soportar el silencio ni un momento más.

—Mis más sinceras disculpas por lo de anoche. Mis emociones me dominaron, Dee Dee. No volveré a molestarte de esa manera si solo regresas a la ciudad conmigo y no continúas con esta farsa ridícula.

—Lo ridículo fue lo que pasó entre nosotros. Nunca debí haberme permitido enseñarte nada, pareces bastante capaz de coquetear y aprender el arte del amor sin ninguna de mis aportaciones. Deberíamos haber mantenido nuestra amistad como estaba, platónica, y no confundirla como lo hemos hecho. No puedo ofrecerte nada, y no olvides que deseas casarte con otra. Toda la situación es escandalosa.

No, no escucharía tales palabras, ya no más. Tantas cosas habían cambiado entre ellos, y ella necesitaba darse cuenta de eso tanto como él lo había hecho.

—Por eso vine a verte esta mañana. Quería hablar sobre...

Los cielos eligieron ese momento para abrirse sobre ellos, y con fuerza torrencial, la lluvia cayó. En cuestión de minutos, sus ropas colgaban sobre ellos, empapadas y pesadas, chorreando agua. Como si eso no fuera suficiente, junto con la tormenta llegó un viento feroz tan frío como si el aire proviniera de los casquetes helados del Círculo Ártico.

—Estamos más cerca de la posada Hogs Breath que de Londres. No deseo volver a hablar sobre lo que ocurrió en el baile de Lady Pitt. Deberíamos considerarnos afortunados de que no nos atraparan —repitió ella, con la nariz enrojecida y los labios azules.

—No te dejaré continuar sola. Iré contigo, lo quieras o no —dijo él, decidido a superar su enojo y hacerla entrar en razón. Hacerle comprender que no deseaba a Lady Mabel, sino a ella. Y lo haría, tan pronto como salieran de esta maldita tempestad.

Deandra quería gritar. Todo lo que había querido era escapar de Londres y de todas las complicaciones que había añadido a su vida desde que llegó para la temporada. ¿Cómo había permitido involucrarse en el absurdo plan de Arthur?

Su vestido de montar se le pegaba al cuerpo, empapado hasta la enagua y el corsé, y un escalofrío la recorrió, junto con una sensación de inquietud por haber sido tan precipitada y no haber esperado el carruaje en lugar de viajar a caballo.

No es que fuera a admitir tal insensatez, y ciertamente no delante de Arthur, quien nunca le dejaría olvidar su locura. —¿Te das cuenta de lo cerca que estuvimos de vernos obligados a casarnos? La idea me repugna —le espetó, a pesar de que acababa de decir que no deseaba hablar de su beso. Pero cuando su mente se negaba a dejar de remover el recuerdo, ¿qué opción tenía?

—¿Tan horrible sería casarte conmigo, Dee Dee? —preguntó él. La pregunta envió una punzada de calidez a través de su pecho, aunque fuera efímera.

—Supongo que podría soportarlo lo suficiente, pero no pasaría mucho tiempo antes de que tú no pudieras. No estoy hecha para el matrimonio y he soportado uno que estuvo lejos de ser agradable, como bien sabes. No deseo volver a estar en deuda con nadie. —Sin mencionar que no podía darle hijos a Arthur, y como Duque de Beaufort, él necesitaba un heredero para continuar el linaje. Si se casara con él y fuera estéril como sospechaba, él nunca se convertiría en padre, y no podía hacerle eso, por mucho que la idea de ser su esposa la atrajera como una polilla a la llama.

—¿No crees que eso me corresponde decidirlo a mí? Debes admitir que lo que ha ocurrido entre nosotros estos últimos días ha sido maravilloso y absorbente. No creo que pueda imaginarme con nadie más que contigo, Dee Dee.

—Pues debes hacerlo —declaró ella, temblando y espoleando a su montura para que fuera al trote, necesitando llegar a la posada antes de congelarse en la silla. Su cofia colgaba fláccida

alrededor de su rostro, y el vapor salía de los ollares de su caballo con cada respiración.

—Discutiremos la situación más a fondo en la posada, pero vamos —la apremió—. Espolea más fuerte a tu montura, o ambos estaremos enfermos, si no al borde de la muerte, cuando lleguemos.

Deandra hizo lo que él aconsejaba, lamentando su elección diez veces más ahora y esperando que las acogedoras luces de la posada se materializaran pronto ante ellos, especialmente cuando el clima parecía tan decidido a permanecer cerca de ella como Arthur.

CAPÍTULO
NUEVE

La tormenta se volvió torrencial y no daba tregua. Cuando la posada apareció a la vista, Arthur estaba seriamente preocupado por Dee Dee. Incluso después de haberle puesto su abrigo sobre los hombros muchas millas atrás, su tez pálida y sus temblores empeoraban.

Un joven mozo de cuadra salió corriendo a recibirlos, y Arthur desmontó, tambaleándose cuando sus piernas entumecidas se negaron a funcionar correctamente. Se enderezó y fue hacia Dee Dee. Ella se estiró hacia él sin protestar, y él la ayudó a bajar del caballo, levantándola en sus brazos cuando ella empezó a hundirse en el suelo fangoso. El posadero salió a recibirlos, su cálida sonrisa desvaneciéndose al notar su estado.

—Su mejor habitación y un baño caliente, por favor, y rápido —ordenó Arthur, entrando en la posada que estaba silenciosa, salvo por dos trabajadores sentados en la barra con una jarra de cerveza en las manos.

—Por supuesto, mi señor.

—Beaufort, y le pagaré generosamente si agiliza el baño y hace que calienten la habitación de inmediato.

—Por supuesto, Su Gracia. Enseguida. —El posadero gritó órdenes, y pronto, dos criadas y un trabajador subían y bajaban las escaleras, llevando leña y una bañera. Arthur los siguió escaleras arriba, con el posadero no muy lejos, preguntando si le gustaría una comida caliente y vino especiado.

—Sí, y por favor tráiganlos directamente arriba. —Arthur sentó a Dee Dee frente al fuego crepitante y alcanzó una toalla cercana. Ella la tomó, con los dedos azules, y se secó la cara. Él reprimió su molestia hacia ella por ser tan terca como para no haber regresado a Londres antes de la tormenta.

¿Y si pillaba un resfriado o alguna horrible fiebre? Nunca se perdonaría si algo le pasara, y él no hubiera sido lo suficientemente insistente para que ella escuchara la razón.

Cubo tras cubo de agua caliente y humeante llenaron la amplia bañera, y él sumergió su mano encontrando la temperatura perfecta. La habitación pronto se calentó, y la comida fue entregada según lo prometido.

—¿Necesitará algo más, Su Gracia? —preguntó una joven criada en la puerta.

—No, nos las arreglaremos desde aquí, gracias por su ayuda.

Ella asintió y cerró la puerta. Arthur fue a cerrarla con llave inmediatamente y luego volvió junto a Dee Dee. —Bien, levántate, y vamos a sacarte de este vestido. Necesitas entrar en calor, y rápido. Un baño ayudará con eso.

—No puedo bañarme contigo en la habitación —dijo ella horrorizada, pero su intento de intimidación fracasó por el castañeteo de sus dientes.

—Lo harás porque no tienes otra opción. Ahora date la vuelta para que pueda desabrochar tus botones. No te miraré —mintió, sabiendo que probablemente echaría un vistazo a su deliciosa figura una o dos veces antes de que terminara la noche.

Ella resopló molesta pero hizo lo que le pidió.

Les tomó varios minutos descartar su vestido y medias, botas arruinadas, y un corsé que estaba tan mojado como si hubiera sido lavado. Ella se quedó de espaldas a él sin nada más que su camisola, y el contorno de los globos de su trasero lo tentó antes de que se forzara a darle la espalda.

—Bien, me he dado la vuelta, ahora puedes meterte en el baño.

Tragó saliva con fuerza cuando escuchó la camisola caer al suelo antes de que el agua se agitara, y un agradable suspiro de deleite llenó la habitación. —Ya estoy en la bañera, Arthur, y lo suficientemente cubierta como para que no creo que pudieras verme aunque lo intentaras —dijo ella.

Él no lo intentó, por mucho que su mirada quisiera moverse hacia donde ella se bañaba. En su lugar, comenzó a quitarse la ropa, colgándola cerca del fuego junto a la de ella. Si su vestido no se secaba para la mañana, enviaría a una sirvienta a buscarle ropa nueva. Seguramente, el pequeño pueblo tendría algún tipo de modista.

—Ya me siento mejor —dijo ella.

Él la miró entonces, y agradeció que sus mejillas estuvieran sonrosadas y que el castañeteo de sus dientes se hubiera detenido. —Te quedarás en ese baño hasta que estés completamente caliente. No permitiré que te enfermes.

Se frotó las manos, acercándolas más al fuego, el escalofrío en su espalda indicándole que debería quitarse los pantalones y la camisa.

—¿Arthur? —la oyó llamar.

Se volvió y encontró sus ojos, luchando por no perder la cabeza ante la visión que ofrecía. La única mujer que deseaba por encima de todas las demás, su mejor amiga, el amor de su vida... —Deandra —respondió.

Ella se mordió el labio, y el fuego se encendió en su alma, quemando el frío residual que corría por su sangre.

—Probablemente deberías bañarte también. No quisiera que tú tampoco sucumbieras a la fiebre.

—Lo haré, una vez que hayas terminado el tuyo. —Se volvió y miró las llamas, su

preocupación por él dándole alguna esperanza de que aún podría ganarla para su lado y que ella sería su futura esposa.

—No, Arthur —la oyó decir—. No me refiero a más tarde. Me refiero a... quizás... deberías unirte a mí mientras el agua está caliente.

Su mirada voló hacia la de ella, y pudo ver por la luz decidida en sus ojos que hablaba en serio. Frunció el ceño. —¿Un baño? ¿Juntos?

Ella se rio y se reclinó, la visión de sus senos flotando en la superficie y ofreciendo una vista de sus pezones casi le hizo gemir en voz alta.

—Por supuesto, juntos —respondió ella.

A Arthur se le secó la boca y, antes de que ella pudiera cambiar de opinión, se arrancó la camisa de la espalda y se quitó los pantalones, quedando tan desnudo como ella, pero sin la cortina de agua que lo cubriera de su vista. Se dirigió hacia ella sin intentar ocultar su miembro ni salvar su modestia.

Entró en el agua, el calor erizando su piel fría. Se hundió en la bañera y suspiró, pero antes de que pudiera decir una palabra, ella estaba en sus brazos, su cálido cuerpo presionando contra su pecho, y él se perdió, en cuerpo y alma.

Deandra no sabía qué le había pasado, pero ver a Arthur de pie junto al fuego, tratando de calentar su cuerpo después de su arduo paseo matutino hasta la posada, provocó en ella un anhelo, un amor inquebrantable y profundo por el hombre cuya única preocupación era ella, que la abrumó, y no pudo apartarlo.

Abrazó su mandíbula y lo besó profunda y largamente, acomodándose en su regazo y sabiendo que no había otro lugar en el mundo donde preferiría estar. Las manos de él agarraron los globos de sus nalgas, atrayéndola contra su rígido miembro, y ella gimió, deseándolo con una necesidad que superaba el sentido común.

Sin pensarlo, agarró su hombría y lo guió hacia ella. Habían pasado años desde que había intimado con un hombre, y Arthur estaba rígido, más largo y grueso que su difunto esposo.

—Deandra —gimió él cuando ella se empaló hasta el fondo. La llenó, su cuerpo vibrando de emoción y expectación. Ya podía sentirse al borde de un orgasmo. Se levantó, se meció sobre él, y sus gemidos de placer se mezclaron a través de su beso.

Los brazos de él rodearon su espalda, sosteniéndola contra sí. Se inclinó hacia adelante, tomando sus labios en un beso tan abrasador como el agua. Su unión fue frenética, desesperada y largamente esperada. El agua se derramó por los bordes de la bañera, su piel fría ardiendo de deseo.

No es que a ninguno de los dos le importara, su atención estaba completamente centrada en el otro y en el placer que se proporcionaban, no solo aquí en un baño mientras hacían el amor, sino también en sociedad, como mejores amigos.

—Esto no cambiará nada, Arthur —jadeó ella, gimiendo cuando sus palabras provocaron una fuerte embestida de él.

—Esto lo cambia todo, Deandra —respondió él, usando su nombre completo, sus ojos cargados de necesidad y determinación—. Aunque tenga que follarte hasta la sumisión, serás mía.

Sus palabras, diferentes a todo lo que le había oído decir antes, la empujaron aún más cerca del clímax. ¿Dónde estaba su amigo tímido y caballeroso? ¿El duque virginal que necesitaba instrucción? Ciertamente, el hombre que embestía en su sexo con una pericia que ella desconocía no era quien conocía como la palma de su mano.

No es que no adorara este nuevo lado de Arthur. Era magnífico y con una resistencia que nunca había encontrado antes. ¿Cómo iba a adherirse a sus propias reglas cuando tenía a su disposición a semejante hombre?

No, no a su disposición. No podía usarlo así. Podían tener esta noche, pero luego él necesitaba casarse con una mujer que le diera lo que quería. Un futuro, hijos. Una mujer que no fuera ella.

—Eso puede llevar algún tiempo, y tienes una esposa que atraer —dijo ella, recordándoselo.

Él negó con la cabeza. —No, no la tengo —La levantó de encima de él y se puso de pie, antes de alcanzarla y tomarla en sus brazos, derramando más agua por el suelo de madera. Sin pedir permiso, la llevó a la cama y la arrojó sobre el colchón.

—Me dirás que sí antes del amanecer, o serás la peor maestra en seducción, y sé que no te gustará tener ese título.

Ella apretó los dientes, disgustándole ya cómo sonaba eso. Su piel vibraba de expectación mientras los ojos de él se iluminaban con determinación. Agarró sus tobillos y la arrastró al borde de la cama, se arrodilló ante su sexo y se lamió los labios.

—Ahora voy a saborearte, a comer tu dulce coño. El tiempo de hablar será después.

Ella jadeó cuando él bajó la cabeza, lamiendo entre sus piernas con una pericia que ella no le había enseñado. —¿Dónde aprendiste que tal cosa era posible? —preguntó.

—Puede que haya sido un duque virtuoso y virginal, pero hay libros, y mi biblioteca tiene una extensa colección. Sabes cuánto me gustaba leer —afirmó.

Ella se desplomó sobre la cama, muy contenta de que su amigo amante de los libros hubiera encontrado esos tomos. Algo le decía que disfrutaría de lo que él tenía preparado para ella a continuación.

CAPÍTULO
DIEZ

DEANDRA SABÍA TAN DULCE COMO una ciruela azucarada. Él devoró su hendidura, succionó y besó sus dulces labios hasta que ella se ondulaba sobre su rostro, diciéndole sin palabras lo que le gustaba.

Estaba húmeda, cubriendo su boca con su delicioso néctar. La penetró con sus dedos y se deleitó con sus retorcimientos, sus jadeantes súplicas por más.

—Oh, Arthur —nunca se había escuchado un sonido más dulce que su nombre en los labios de ella, suplicándole que la tomara, que la hiciera llegar, que le diera lo que quería.

Él se puso de pie y acarició su miembro, empujándolo entre los pliegues húmedos y relucientes de ella, y observó cómo la estiraba y la llenaba por completo. Sus testículos se tensaron, y supo que estaba cerca de llegar.

—Arthur —gimió ella de nuevo, llevando sus manos a sus pechos y pellizcando ambos pezones con sus pulgares e índices. Él embistió con fuerza, tomándola, deseando que ella se deshiciera sobre él, que precipitara su liberación.

Nunca había imaginado que fuera posible que una mujer se tocara tan íntimamente, y ver a Deandra participar en tal práctica le arrancó el control. La sensación de ella, el calor y el núcleo apretado que acariciaba su miembro con cada embestida, era el sueño de un hombre. Nunca quiso hacer otra cosa en su vida que hacer el amor a la mujer que tenía delante.

—Eres tan condenadamente dulce —se acomodó sobre ella, besándola profundamente, sus lenguas entrelazándose mientras la embestía como un hombre sin sentido. Las piernas de ella se envolvieron alrededor de sus caderas, los talones de sus pies clavándose en su espalda. Él agarró su trasero, manteniéndola quieta para poder ir más profundo, forzando su orgasmo a atravesarla.

No tuvo que esperar mucho.

—Arthur, me estoy corriendo. Oh Dios, me estoy corriendo —gritó ella, sus dedos clavándose en la piel de sus hombros.

Él mantuvo su ritmo, las contracciones de su liberación apretando alrededor de su miembro. Disfrutó exprimiendo cada gota de su placer antes de que su propio orgasmo lo atravesara. —Deandra —jadeó, encontrando su mirada mientras se corría—. Te amo tanto —admitió, y la comprensión en su mirada le dijo que ella entendía que no era de la manera amistosa en que

solían declararlo.

No. La amistad seguía ahí, por supuesto, pero el amor era mucho más profundo e intenso, eterno y perdurable.

Ella negó con la cabeza, una lágrima deslizándose por su mejilla. —No, Arthur, no puedes. No podemos hacer esto. Tenemos esta noche y nada más.

—No, te equivocas, Dee Dee. Tendremos esta noche y todas las noches hasta que el último aliento abandone mi cuerpo. No me casaré con otra, ni he querido hacerlo, no desde nuestro primer beso. Tienes mi corazón y mi alma, debes saberlo —se deslizó fuera de ella y se recostó a su lado. La observó y vio cómo ella estudiaba el techo con vigas.

—Estuve casada durante años y no era adecuada para la unión, lo sabes. Era miserable y...

—Eras miserable porque no lo amabas. Creo que me amas más que a un amigo, y yo no soy Lord Coleridge. Te adoro y siempre he apreciado el suelo que pisan tus pies enfundados en zapatillas. Sabes que un matrimonio conmigo será diferente del que tuviste antes.

Ella rodó hacia él, alzando la mano para acariciar su mandíbula. —Arthur, estuve casada varios años y nunca quedé embarazada. Me dijiste al principio de la temporada que necesitabas una novia y esposa para procurar un heredero. Existe la posibilidad de que no pueda darte eso, y no te quitaré esa oportunidad. Sería egoísta de mi parte.

Sus palabras lo tomaron por sorpresa, y se quedó inmóvil, nunca habiendo pensado que esa era la razón por la que no había tenido un hijo con Lord Coleridge.

—¿Intentaste tener un hijo y nunca se concretó?

Sus labios se curvaron en una triste sonrisa, y su corazón se rompió por el dolor que leyó en sus facciones. ¿Había perdido hijos? ¿O nunca había llevado uno en absoluto?

—Lo intentamos, él estaba desesperado por un heredero, y yo sangraba puntualmente cada mes. Nunca me retrasé ni una vez. Mis ciclos eran como un reloj, y también lo era la decepción de Lord Coleridge hasta que volvía a estar sobre mí, intentándolo el mes siguiente como un cerdo gruñón.

Arthur la atrajo a sus brazos, odiando que hubiera soportado tantos años en un matrimonio sin amor. No podía imaginar ser forzado a una unión por la que no sentía deseo alguno. —Tengo primos varones que están en la línea de sucesión del ducado, Deandra. Dejemos que ellos engendren los herederos si nosotros no podemos. No quiero que algo que no existe detenga nuestra felicidad. No cuando lo que sí quiero está vivo y bien, amando y hermoso, y en mis brazos ahora mismo. Te quiero a ti. Siempre te he querido a ti. Solo necesitaba que me besaras para recordarme tales cosas.

Ella le sonrió. —Mientes. No estabas interesado en mí en absoluto, admítelo. Estabas decidido a casarte con Lady Mabel, la debutante perfecta, y yo era simplemente tu maestra.

Él se rio y supo que no podía mentirle. —Muy bien, sí, eso es correcto. Sin embargo, en el momento en que te besé en el carruaje, supe que nada volvería a ser igual entre nosotros. No podía dormir por la necesidad de ti. Solo podía contar las horas hasta volver a verte. Por favor,

dime que te casarás conmigo. Dime que tengo una oportunidad de ganarte, porque no puedo pasar otro día sin que seas mi duquesa, mi esposa, mi vida.

—Pero los bebés, Arthur —declaró ella de nuevo.

—Existe la posibilidad de que pudiera haber sido culpa de Lord Coleridge que no pudieras concebir —dijo él, pensando en voz alta.

—No, el médico de su señoría me dijo que la culpa era mía.

Arthur se burló, sin creerlo ni por un momento. —Sin duda para aliviar el miedo de tu marido de que fuera él el infértil, y no su esposa. El hombre siempre estaba preocupado por su apariencia y lo que la gente pensara de él. Es más fácil culpar a otro que admitirse a sí mismo que él podría ser el problema.

Deandra pensó en las palabras de Arthur y, curiosamente, nunca había considerado tal posibilidad cuando estaba casada con Lord Coleridge. Tal vez era la dificultad de su difunto esposo y no la suya. La idea encendió una chispa de esperanza en ella, y rezó para que la semilla que Arthur le había regalado echara raíces y floreciera en un hijo propio. Casados o no.

—Pero si nunca quedo embarazada, ¿no me lo reprocharás? —No podría soportar otra pelea con un marido que le gritara y vociferara sobre sus fracasos en lo único que se suponía que debía hacer como esposa.

—Por supuesto que no lo haré. Espero que me conozcas lo suficiente como para saber que no soy capaz de tal crueldad. El ducado, ya sea a través de mi línea o la de mi primo, está asegurado. Pero mi corazón no lo estará, a menos que seas mi esposa y mi duquesa. Nada me hará más feliz que llamarte mía.

Deandra se acercó a él, recostándose parcialmente sobre su pecho. Estudió su perfil, tan apuesto, aristocrático y suyo. Suyo desde este día en adelante. ¿Cómo había llegado a ser tan afortunada de tener a su amigo, su amante, pronto su esposo? —Muy bien, Vuestra Gracia. Me casaré contigo siempre que prometas honrarme cada día en la salud y en la enfermedad, mientras ambos vivamos.

—Lo prometo —respondió él, con una sonrisa pícara que la hizo reír.

—Bueno, ya estamos en el camino del norte. ¿Continuamos y nos casamos en Gretna? —sugirió ella, la idea, ahora que había echado raíces, era una que no se desvanecería.

—Ordenaré que traigan mi carruaje desde Londres, y viajaremos directamente desde aquí tan pronto como llegue, y antes de que regresemos a la ciudad, habrá una nueva Duquesa de Beaufort.

—Adoraré tener tu apellido, Arthur. Lo he admirado durante tanto tiempo.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de tu nombre. Sin embargo, ahora que puedo cambiarlo por el mío, nunca volverás a ser nada más que duquesa.

—¿Me lo prometes? —preguntó ella.

—Oh, lo juro —afirmó él, haciéndola rodar sobre su espalda y sellando su promesa con un beso que, una vez más, hizo que sus sentidos se perdieran en la noche.

EPÍLOGO

Dos meses después, Londres

ARTHUR SE INCORPORÓ SOBRESALTADO al escuchar los pasos apresurados de su esposa cruzando el suelo del dormitorio, seguidos de arcadas.

Apartó las sábanas y se dirigió hacia el biombo tras el que ella se encontraba, acercándose para frotarle la espalda. —Cariño, ¿estás enferma otra vez? ¿No crees que es hora de llamar al médico? —preguntó. Intentó que el miedo abrumador de que algo grave le ocurriera a Deandra y que pudiera perderla tan poco después de haberla conquistado no se reflejara en su voz, pero sabía que había fracasado miserablemente.

Ella extendió la mano y apretó la suya en un intento de consolarlo. —Envié un mensaje ayer y vendrá esta mañana. De hecho, probablemente ya esté abajo, ya que hemos dormido más de la cuenta.

—¿Quieres que llame a tu doncella? —Le sirvió un pequeño vaso de agua y se lo entregó.

—Sí, gracias. Recibiré al médico aquí. No me siento con fuerzas para vestirme y bajar. Pide a Jane que lo haga subir si ya está esperando.

—Muy bien. —Arthur hizo lo que ella le pidió y, efectivamente, el Dr. Otamot estaba esperando abajo y subió de inmediato a su dormitorio para examinar a Deandra.

Arthur se sentó junto a Dee Dee, sin molestarse en vestirse, simplemente poniéndose una bata para no incomodar al médico. Pero si Deandra estaba enferma, no deseaba apartarse de su lado.

El médico abrió su maletín sobre la mesita de noche después de saludarlos a ambos y desearles buenos días. —Por favor, recuéstese, Su Gracia, y si me lo permite, la examinaré.

—Por supuesto —respondió ella, haciendo lo que el médico le indicaba, extendiendo la mano hacia Arthur. Él tomó su pequeña mano y la apretó con fuerza.

El médico se frotó las manos, disculpándose con Dee Dee por tenerlas frías, y comenzó a presionar el cuerpo de Deandra. —¿Siente dolor aquí? —preguntó, presionando su abdomen.

Deandra negó con la cabeza. —No, pero he estado indispuesta durante varios días y la enfermedad dura casi todo el día, doctor —mencionó.

El médico palpó el cuello de Deandra, cerca de los omóplatos, y luego debajo de los brazos. —¿Algún bulto inusual en los senos?

Deandra frunció el ceño, pensando en la pregunta. —No, pero están incómodos y me duelen. ¿Cree que hay algo gravemente mal conmigo? —Sus ojos se clavaron en los de él, y Arthur negó con la cabeza, esperando disipar sus temores—. Esperaba que tal vez estuviera embarazada, pero sé que eso no puede ser posible porque un médico anterior me informó que no puedo tener hijos.

—No hay nada de qué preocuparse, cariño —respondió él, lo cual ella ignoró por completo.

—Doctor, ¿qué cree que me pasa?

El médico continuó su examen, presionando su abdomen hacia la ingle. El ceño del médico se profundizó y durante varios minutos palpó la parte baja de su estómago antes de retroceder y sonreír.

—No, no hay nada malo con usted, Su Gracia. Dígame, ¿ha tenido mareos a veces y ciertos olores y alimentos le producen náuseas?

—Sí —respondió ella, asintiendo a todo lo que el médico decía—. Antes me encantaba tomar una taza de té cada mañana y ahora el solo pensamiento me revuelve el estómago. ¿Qué cree que es? —preguntó de nuevo.

Arthur se sentó junto a Deandra en la cama, ayudándola a incorporarse cuando el médico empezó a guardar su maletín. —Creo que están de enhorabuena, Sus Gracias. Van a ser padres.

Por un momento, Arthur pensó que estaba afectado por el mismo problema que Deandra, ya que la habitación empezó a dar vueltas. Miró a Dee Dee y reconoció la conmoción en sus rasgos que coincidía con las emociones que se agitaban dentro de él.

—¿Embarazada? —dijeron al unísono.

El médico se rio. —Bueno, es algo común en las parejas casadas, y puedo sentir el endurecimiento de su útero, lo que me indica que un niño está creciendo en su vientre. Junto con sus otras condiciones, náuseas matutinas, senos adoloridos, aversión a ciertos alimentos y olores, sí, estoy seguro de que en unos siete meses darán la bienvenida al próximo Duque de Beaufort o a una pequeña dama. —El médico sonrió, recogió su maletín y se puso el sombrero que había dejado en una silla cerca de la puerta—. Los dejaré para que disfruten de esta emocionante noticia. Volveré en una semana para ver cómo se encuentra, Su Gracia.

—Gracias —llamó Deandra al médico antes de mirar boquiabierta a Arthur—. No puedo creerlo. No pensé que fuera posible... —murmuró—. ¡Arthur, un bebé!

—Nuestro bebé. —Arthur la estrechó en un abrazo. Sus ojos ardían de emoción y luchó por no perder el control de sus sentimientos. No porque en el fondo hubiera deseado un hijo, sino porque sabía que Deandra lo había deseado. Durante los últimos meses de su matrimonio, la había visto con niños y no había pasado por alto el dolor que llenaba sus ojos, creyendo que nunca podría tener uno propio.

—Me faltan las palabras. —Una risa burbujeo de ella y él rio entre dientes.

—Créelo, cariño, porque ha sido confirmado. Estás embarazada y vamos a ser padres.

Supongo que deberíamos redecorar el cuarto del bebé. No se ha usado desde que yo era un bebé.

Sus ojos se llenaron de emoción cuando la verdad comenzó a calar en su situación. —Después de todo este tiempo, nunca fui yo, Arthur. Yo nunca fui el problema. Durante todos estos años, me creí estéril, me alejé de la esperanza de otro matrimonio por miedo a decepcionar a otro marido, y todo por nada. Fue culpa de Lord Coleridge todo el tiempo.

Arthur luchó por no odiar al difunto Lord Coleridge más de lo que ya lo hacía, pero no podía perdonar al conde por hacer que Deandra se sintiera inútil al no concebir un hijo con él. Cuánto debió haber sufrido con su secreto. —Cuando tal aflicción impide que una persona tenga un hijo, es cruel hacerla sentir sin valor. Especialmente cuando hay poco que se pueda hacer al respecto. Lord Coleridge se equivocó al recordarte un defecto que no estaba en ti. Pero ya no más. La fuerza de nuestro amor nos ha dado este regalo, y estaré eternamente en deuda contigo. Te amo tanto, Deandra. Eres lo mejor de todo en mi mundo.

Ella se acercó a él, abrazándolo con fuerza. —Al igual que tú lo eres para mí. Te amo tanto, Arthur, a ti y a nuestro bebé —dijo, acariciando su vientre—. ¿Qué crees que será? ¿Un niño o una niña?

Él cubrió la mano de ella con la suya, pensando en su pregunta. —Creo que el bebé ya está lleno de travesuras, así que pienso que será una niña, igual que su mamá.

Deandra sonrió. —O un futuro duque —suspiró con absoluta felicidad—. Gracias por casarte conmigo, por amarme y por darme un bebé. Amo tanto mi vida y a ti.

Arthur la recostó sobre las almohadas y la besó apasionadamente. —Bueno, estaba decidido a tenerte a mi lado después de ese primer beso. No tenía otra opción, y no me habría dado por vencido.

—Me alegro de que no cedieras, aunque fui difícil de convencer.

Él se rió. —Bueno, siempre hay una primera vez para todo —bromeó, acortando la distancia entre ellos y perdiéndose en ella, su amiga, amante, esposa y duquesa.

OTRAS OBRAS DE TAMARA GILL

La Sociedad 1777

Amoríos y Duques

Los York Rebeldes

Las Incontrolables Woodvilles

Liga de Caballeros Incasables

Besa al Marginado

Casarse con un pícaro

Lords de Londres

Casa Real de Atharia

Amor escocés a través del tiempo

Una Temporada Robada

Londres Escandaloso

Alta Mar y Grandes Apuestas

Hijas de los Dioses

LIBROS INDEPENDIENTES

Rendición Desafiante

Convenio Atrevido

Pecar con Escándalo

Forajidos

ACERCA DE LA AUTORA

Tamara es una autora australiana que creció en una antigua ciudad minera al sur de Australia, donde se orginó su amor por la historia. Tanto es así, que hizo que su querido esposo viajase al Reino Unido con ella para celebrar su luna de miel, momento donde le arrastró desde los monumentos históricos hacia los castillos y viceversa.

Es madre de tres, dos pequeños caballeros en crecimiento, y una futura lady (eso espera ella) y un trabajo de medio tiempo la mantienen ocupada en el mundo real, pero cada vez que encuentra un momento de paz, ama escribir novelas románticas en una plétora de géneros, incluyendo las regencias, el medievo y viajes en el tiempo.

